DESPEDIDA....

Discurso de recepción, en el carácter de Profesor Honorario,
pronunciado en Mayo 23 de 1912
en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires

POR EL

Prof. Dr. PEDRO N. ARATA

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA
PRESIDENTE DEL CONSEJO CONSULTIVO DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DE HIGIENE
DIRECTOR DE LA OFICINA QUÍMICA MUNICIPAL

(DE «ARCHIVOS DE HIGIENE» - TOMO V - AÑO 1912)

BUENOS AIRES
EST. TIP. J. CARBONE - CORRIENTES 838
1912

DESPEDIDA...

Discurso de recepción, en el carácter de Profesor Honorario, pronunciado en Mayo 23 de 1912 en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires

POR EL

Prof. Dr. Pedro N. Arata

de la Academia de Medicina — Presidente del Consejo Consultivo del Departamento Nacional de Higiene — Director de la Oficina Química Municipal

---

No sería sincero si pretendiese disfrazar la emoción que experimento en este acto, en el que, para finalizar mi carrera universitaria, se me dispensa el más alto de los honores á que he podido aspirar.

El estado de ánimo de este instante, en mis recuerdos, lo comparo al que me dominaba medio siglo ha al rendir mi primer examen de latinidad en el salón de grados de la vieja Universidad de la calle Perú, que por milagro aún se conserva, en esta época en que todo cae y todo se renueva.

Los viejos nos volvemos niños al considerar los hechos y las cosas que tocan nuestros sentimientos y afectos.

ADDENDA. — « ARCHIVOS DE HIGIENE » al publicar tan sentida pieza adhiere al homenaje de la Universidad de Buenos Aires para con su ex-profesor, ex-académico, ex-decano, que en el seno de la Sociedad de Higiene Pública é Ingeniería Sanitaria, es uno de los socios fundadores y un exponente de la ciencia argentina. De esos conceptos están imbuídos los discursos que le precedieron y encuadraron en el acto de referencia, pronunciados por el Dr. Eliseo Cantón, en el carácter de Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, por el Prof. Hon. Dr. Roberto Wernicke, en el de Presidente de la Academia de Medicina y por el Dr. Francisco C. Barraza, en nombre de los Profesores de la Facultad. — (Véase *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, T. XVII, págs. 313 y sig.)

BIBLIOTECA ARATA

Células nerviosas, desde años adormecidas, vibran por resonancias misteriosas; sensaciones inexplicadas nos conmueven.

Señor decano; señor presidente de la Academia; señor profesor doctor Barraza: vuestras lisonjeras frases y los recuerdos que evocáis aumentan mi confusión y recibiéndolas con beneficio de inventario, observo que han sido inspiradas por vuestra amistad, por vuestra simpatía, que os retribuyo sinceramente, y por una benevolencia que exagera y enaltece escasos méritos.

Según mi convicción íntima, sólo he sido un profesor que ha amado á sus discípulos, y que toda mi ciencia ha consistido en el esfuerzo que he hecho en beneficio de aquéllos para su instrucción y cultura.

Es práctica social no tasar el valor del regalo al recibirlo; pero, en este caso, no puede escapar, ni á mí ni á nadie, la desproporción que resulta entre mis cortos merecimientos y la magnitud del premio que se me otorga.

Lo exalta el concurso que prestan á esta fiesta la Universidad, la Academia, los miembros de otras facultades, los estudiantes, mis viejos discípulos, los amigos presentes y hasta los lejanos del interior y del exterior de la República, que me envían telegráficamente sus plácemes.

Esta comunión de voluntades obliga profundamente mi gratitud y al expresarla con mis mejores palabras digo: que acepto el título de profesor honorario de la Escuela de Medicina, en la que me he formado, no por creerme acreedor á él por méritos y servicios á la ciencia médica, sino como premio á una dedicación al estudio y á la constancia en la enseñanza, para estímulo de los jóvenes profesores que se forman en nuestra Facultad.

Desde este punto de vista, puedo aceptarlo decorosamente; pues puedo afirmar que durante mi larga dedicación al magisterio lo he desempeñado con entusiasmo, con amor, que podrá ser igualado por otros, pero no superado.

La aspiración de mi vida ha sido el estudio; estudiar mucho para aprender, para saber, para ser útil, y si, como dice Goethe: «el que trabaja con una aspiración merece elogio», la mía ha tenido una recompensa singular, por demás elevada y hasta exagerada por la proporción extraordinaria que le habéis dado.

Hasta me concedéis, como profesor honorario, la satisfacción de enseñar con intermitencias.

Quien ha enseñado desde su juventud y durante 42 años, sufre la nostalgia de la cátedra; y de mí, puedo deciros, que he tenido ya algunos días tristes.

Durante mi reciente viaje por Europa concurría á las lecciones con gran placer mío. En esas clases, mi papel tenía algo del de esos viejos músicos que llevan el compás con la cabeza.

Más aún, creo que me parecía á esos soldados retirados, quienes, al encontrar en la calle un batallón con banda de música, lo siguen con la mirada, marcando el paso.

Echaba de menos mi cátedra, mi enseñanza y hasta me arrepentía de haber quebrantado el propósito de morir en el ejercicio del profesorado.

Me preguntaréis por qué lo he hecho. Os lo diré en confianza.

Leí hace dos años un libro de Ostwald, *Grosse Männer;* libro que me impresionó profundamente. Narrando la vida de nuestros grandes maestros, llega á la conclusión que la actividad de los profesores decrece no sólo por los años, sino que éstos hasta llegan á ser perjudiciales para la instrucción de sus discípulos.

Recordé, con este motivo, la polémica del viejo profesor Camper en contra del entonces joven Goethe por su descubrimiento del hueso intermaxilar, y el dicho de un gran naturalista, Huxley: «sería una gran suerte que los profesores no vivieran más de 60 años; después de esa edad, no se encuentra uno solo que se decida á cambiar de opinión».

Á la verdad, no me creía aludido.

Como es sabido, la química no es la geometría que se enseña más ó menos como la enseñaba Euclides hace más de dos mil años.

Por mi parte, puedo deciros que los descubrimientos diarios de la química me tienen acostumbrado á rectificar y modificar mis ideas.

Declaro que en mi vida he tenido que aprender tres veces la química para poder desempeñarme decorosamente.

No soy, pues, uno de esos condenados á morir.

BIBLIOTECA LA PLATA

Pero un profesor es alguien que debe vivir intensamente, en continua actividad para sus lecciones, para trabajos experimentales y para dar el ejemplo.

Cuando hemos llegado á la vejez no podemos tener las aptitudes de la juventud en ninguna de las actividades intelectuales y orgánicas; sería algo como pretender recorrer al revés el camino de la vida, pisotear nuestra sombra y perder el único placer que tiene un viejo de marchar hacia adelante, despacio sí, pero con el consuelo de contemplar de frente el esplendor del sol en su majestuoso ocaso.

He tenido siempre un culto por el profesorado. El profesor, como el misionero, debe estar pronto á sacrificarse por sus ideales como éste por su fé!

Vosotros habéis hablado de lo poco que yo he hecho; yo podría hablaros horas enteras de lo que no he hecho, y he debido hacer; sería trazar un programa de la inmensidad de la misión y deberes del profesor.

Permitidme algunas consideraciones sobre lo que era antes el profesorado y lo que debe ser ahora.

Nuestros estudios preparatorios tenían mucho del *trivium* y *cuadrivium* medioeval y la enseñanza tenía algo de seminario, resultando para nosotros una cultura clásica por su fondo. De las ciencias naturales se nos dieron nociones muy elementales.

El país no se había dado cuenta de la importancia de los laboratorios. No se comprendía esos experimentos, esas medidas, esos cálculos pacientes hechos por un hombre abstraído del mundo, que vive feliz en un rinconcito, lleno de alegrías y satisfecho por haber encontrado un hecho nuevo, una verdad desconocida.

Me contaba el astrónomo Gould que al volver un día á su casa, el observatorio de Córdoba, encontró á dos personas que ni él conocía, ni le conocían á él; se le ocurrió preguntarles: ¿qué hacen en este edificio? Con mucho misterio le contestaron: «Adivinar».

Á la verdad, todo lo que no se comprende se envuelve en el misterio. Y tienen, es cierto, algo de adivinanzas, más aun, algo de divino, esas verdades que los laboratorios revelan! Abren nuevos rumbos á las ideas generales y contribuyen á la felicidad del género humano por sus fecundas aplicaciones.

Los descubrimientos científicos han desencadenado hoy la pasión por las investigaciones que sustentan y afectan en sentido favorable los intereses materiales.

Los que «sepan» serán los señores mañana, usufructuando toda idea, todo descubrimiento que permita utilizar las fuerzas naturales que están á su alcance.

En agricultura, comercio, industria, dará la ciencia las armas para vencer en la lucha por la existencia y para nuestra especialidad: sosteniendo las fuerzas del hombre, conservándolas y acrecentándolas por medios antes ni soñados; y una eficacia de acción que nos atrae la admiración y el agradecimiento de la humanidad.

Esto se piensa ahora. Antes la «ciencia era profesión»; un hombre de ciencia era el médico, el farmacéutico, el ingeniero.

Prácticos es lo que queremos, decían; y por desgracia aun repiten algunos, que olvidan que todo lo grande que ha hecho la ciencia es resultado de los estudios teóricos y más abstractos. Boltzmann ha dicho con razón: «la teoría es la quinta esencia de la práctica».

¿Qué debe hacer nuestra Universidad en esta marcha triunfal de la ciencia?

Primero, tener presente que cuando en el mundo todo camina, el que no marcha adelante, muy pronto queda rezagado y ocupa el último puesto.

En cuanto á los estudiantes deben serlo de verdad, estudiar para saber y no para dar examen. De nada vale esa semiciencia pegada con saliva en las circunvoluciones cerebrales; tiene algo de esas pelucas que usan los calvos, y que se desarreglan al sacarse el sombrero.

Un buen estudiante no es la mulita de noria que da y da vueltas alrededor del texto y del profesor; debe adquirir sus conocimientos revolviendo libros, textos, revistas y recordar que la Universidad no da doctrina general y armónica, que por otra parte es todavía un *desideratum* de todos. La Universidad enseña el método para estudiar; le pone jalones para que le sirvan de puntos de mira. El estudiante amante de la ciencia debe explorar por su cuenta el campo comprendido dentro de esos signos.

Un profesor es un guía en el estudio, que sabe mucho, pero que está lejos de saberlo todo.

Mas ¿queréis conocer un mal profesor, el ignorante? Es aquel que todo lo sabe y para quien no hay dificultades. Nada más cierto que *on sait d'autant plus, qu'on ignore davantage.*

Un profesor de ciencias experimentales no debe ser un simple repetidor con más ó menos talento didáctico. Tiene un laboratorio que debe utilizar para la enseñanza y también para beneficio de la ciencia.

El laboratorio es un punto elevado de observación, desde donde se debe descubrir y señalar en el horizonte lo que otros no pueden ver.

Deben estar familiarizados con el método experimental y señalarlo á sus discípulos. Explicar la teoría de esos métodos sin la cual éstos no serían comprendidos; y recordarles siempre que la teoría no es la ciencia misma, sino los andamios que sirven para construir el edificio de la ciencia. Que el andamio se modifica según las necesidades de la construcción y que lo único permanente y que siempre queda de pié es la ciencia para gloria del arquitecto y beneficio de la humanidad.

El país, penetrado de la importancia de los estudios superiores, debe proporcionar el dinero necesario para la creación de laboratorios, de investigación sobre todo, de que carecemos.

Vos, doctor Cantón, durante vuestro fecundo decanato (no es una lisonja, sino acto de justicia decirlo), habéis propugnado la creación de un gran policlínico: el laboratorio del médico, del cirujano. En nombre de los intereses de la enseñanza médica, os repito las palabras del Centurión romano, al señalar el sitio en que debía reconstruirse Roma destruída: «*Signifer statue signum, hic manebimus optime*». Si habéis sido el abanderado, levantad el pendón de vuestra idea; todos quedaremos contentos.

Á vosotros todos, soldados militantes de la ciencia argentina, que me habéis querido honrar con este acto, del que conservaré grato recuerdo mientras viva, á vosotros digo, que debemos tomar como palabra de orden la última que dió Septimio Severo á sus legiones victoriosas: *laboremus.*